



**COMILLAS**  
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

*John*



# DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ  
Rector

Día 6 de junio a las 19:00 horas

Acto de Graduación del **Curso**  
**2025/2026**





# DISCURSO DE GRADUACIONES

---

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ  
Rector

## “Encontrar por quién ser valientes”

QUERIDOS GRADUADOS Y GRADUADAS,  
QUERIDO PADRINO JOAQUÍN,  
QUERIDA BEATRIZ,  
FAMILIARES,  
VICERRECTORES, DECANOS Y DIRECTORES,  
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,  
PROFESORES Y PERSONAL DE ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS,  
SEÑORAS Y SEÑORES:

Hoy celebramos un hito importante en vuestras vidas: la culminación de un recorrido exigente y transformador.

Queridos graduados, enhorabuena. La beca que habéis recibido no es un adorno más, como una bufanda de un equipo deportivo o una servilleta para recibir a los novios en una boda. La beca es una tradición antiquísima, un símbolo de vuestro esfuerzo, vuestra perseverancia y vuestro compromiso, que os han traído hasta este día. Cuidadla, pues no solo lleva los colores de esta Universidad, sino también los colores del Papa, que estos días tiñen nuestra ciudad. Esta ceremonia es testimonio de vuestro trabajo y, al mismo tiempo, marca el comienzo de nuevos y apasionantes caminos.

Permitidme empezar dando las gracias a quienes muchas veces viven esta graduación casi con la misma intensidad que vosotros: vuestras familias, que os han sostenido a veces cuando ni siquiera vosotros estabais seguros de poder llegar hasta aquí. Para vuestros padres, para vuestros abuelos, para vuestros hermanos, os pido ahora un fuerte aplauso de agradecimiento.

Gracias también a profesores e investigadores que no solo habéis acompañado a estos jóvenes transmitiendo conocimientos, sino que habéis ayudado a despertar, con vuestro ejemplo, con vuestra inteligencia y con

vuestras preguntas, que también ellos se hagan preguntas importantes.

Y gracias al personal que hace posible la vida cotidiana de una Universidad: quienes gestionan horarios, bibliotecas, laboratorios, becas, aulas, plataformas, incidencias informáticas, mantenimiento, seguridad, protocolo, comunicación. Las universidades funcionan gracias a muchas personas cuyo trabajo casi nunca recibe aplausos. Hoy os han acompañado desde que habéis entrado por las puertas de este campus, os han indicado dónde aparcar, os han traído hasta aquí, están a nuestro alrededor cuidándonos, poniendo los vídeos, encendiendo las luces. Hoy también es su día, porque sienten el orgullo de que os han traído hasta aquí, de que su trabajo culmina también hoy. Para ellos también os pido un aplauso.

Desde aquí arriba se ven las primeras filas teñidas de amarillo y blanco. Nadie se gradúa solo, nadie llega solo hasta aquí. La Universidad, a veces, puede parecer una experiencia muy individual —mis notas, mi carrera, mi futuro—, pero, en realidad, toda vida humana es compartida. Aprendemos gracias a otros, crecemos gracias a otros, nos sostenemos gracias a otros; en realidad, nos hacemos unos a otros. Aprendemos a hablar porque alguien nos habló primero; aprendemos a confiar porque alguien nos sostuvo en un momento difícil. Descubrimos quiénes somos gracias a la mirada, al cuidado y, no pocas veces, a la exigencia de los demás. Pensar que uno puede construirse completamente solo no es que sea falso, es que es nocivo: produce vidas aparentemente exitosas, pero profundamente solitarias; produce sociedades donde todos compiten, pero pocos se sienten responsables de los demás; produce personas capaces de triunfar y, al mismo tiempo, incapaces de pertenecer.

Por eso, una Universidad jesuita entiende, por su misión fundacional, que la excelencia nunca es una aventura solitaria. Aquí se ha hablado de la excelencia, que es una de las palabras más queridas de la tradición jesuita, pero no es una excelencia puramente personal. San Francisco Javier, uno de los santos más conocidos de la Compañía de Jesús, que junto con otros nueve compañeros la fundó con Ignacio de Loyola, pasó en el siglo XVI gran parte de su vida viajando solo. Cruzó océanos, aprendió lenguas

desconocidas, llegó hasta los confines de Asia y murió lejos de su tierra, mirando a una China que nunca llegó a pisar. Y, sin embargo, San Francisco nunca se entendió a sí mismo como alguien aislado. Antes de partir, primero de Roma y después de Lisboa, Ignacio y sus compañeros habían formado una comunidad y se habían denominado a sí mismos “amigos en el Señor”. San Francisco quiso llevar consigo un recuerdo extraordinario: antes de partir, recortó las firmas de las cartas que le habían escrito sus compañeros, las puso en una cajita y la cosió cerca de su corazón, en la sotana, en el mismo lugar en el que lleváis vosotros ahora el escudo de la Universidad.

Es como si quisiera recordar que, en cada tormenta, en cada puerto desconocido, que incluso cuando uno parece que camina solo, nunca deja de llevar consigo a quienes le dieron fuerza y sentido de pertenencia.

Esta puede ser una de las lecciones más importantes para quienes hoy os graduáis. La vida os llevará lejos, a otras ciudades, a otros trabajos, a otros países, hacia responsabilidades nuevas y desafíos que todavía no podéis imaginar. Pero ojalá recordéis esto: ya lleváis una comunidad inscrita en el corazón. Lleváis las voces de quienes os educaron, el afecto de los compañeros que caminaron a vuestro lado y el ejemplo de vuestras familias, que confiaron en vosotros.

Tal vez el verdadero éxito en la vida no consista simplemente en llegar lejos, sino en convertirnos para otros en esa misma clase de presencia que un día hizo posible que vosotros caminaseis. Con frecuencia confundimos la excelencia humana únicamente con los resultados: un buen expediente, una carrera brillante, productividad, eficacia, reconocimiento. O la entendemos como una exigencia permanente de superación, como la obligación de dar siempre más. Eso, como el Magis del que nos habló Joaquín, es propio de la Compañía, pero no es suficiente. Esa visión, centrada en la exigencia, reduce la excelencia a la utilidad y al rendimiento, o la convierte en una lógica de autoafirmación, perfeccionismo y, al final, narcisismo. Todo es importante, todo ayuda, pero la excelencia humana, tal como la entiende una Universidad de la Compañía de Jesús, y como la entiende ICADE, es a la vez más profunda y más exigente.

Hablamos de excelencia humana integral: formar a la persona entera — inteligencia, afectividad, libertad, sentido ético, capacidad de relación, crecimiento espiritual y apertura a los demás—. Todo eso es ser una persona excelente. La formulación clásica, que hemos oído aquí repetida, es formar hombres y mujeres para los demás.

A donde el mundo os lleve, os encontraréis alguno de los más de 3000 colegios o de las 200 universidades de la Compañía de Jesús, y en todos ellos reconoceréis un aire de familia, que empieza por este lema: formar hombres y mujeres para los demás. Por supuesto, esto no es buenismo. Necesitamos competencia y rigor; sin ellos no podremos afrontar los problemas del mundo con seriedad. El mundo necesita soluciones, no solo buenas intenciones. Pero la verdadera excelencia comienza cuando ese talento se convierte en servicio.

Joaquín y Beatriz hicieron referencia al momento de graduarse como un momento de vértigo. Porque fuera de aquí nadie os garantiza trayectorias lineales: habrá incertidumbre, cambios, errores, decisiones equivocadas, fracasos. Ojalá hayáis experimentado que fracasar no os convierte en un fracaso. Vivimos en una cultura que premia la apariencia de seguridad, pero la vida adulta consiste en aprender a avanzar sin tener todas las garantías. Hay una escena de *Project Hail Mary*, recientemente adaptada al cine, que ilustra bien esto. El protagonista descubre que es la única persona capaz de salvar a la humanidad y, cuando llega el momento decisivo, dice: “no soy suficientemente valiente”. Y le responden: “nadie es suficientemente valiente para algo así; tendrás que encontrar por quién ser valiente”. Así se vive con propósito. No porque no tengamos miedo —lo tenemos—, sino por aquello o aquellos por quienes decidimos avanzar.

Pensad en las familias que tendréis, en las personas a las que cuidaréis, en los alumnos a los que enseñaréis, en las organizaciones que transformaréis, en las personas vulnerables cuya vida puede cambiar gracias a vuestro trabajo. La valentía nace del amor, de la responsabilidad y del compromiso. Hacedos preguntas importantes: qué tipo de persona queréis ser, qué sociedad queréis construir, a quién servirá vuestro trabajo. Y responded

desde la vida, implicándoos, participando, defendiendo a quienes no tienen voz.

También os pedimos que arregléis lo que nosotros no hemos sabido hacer bien. Sed una generación capaz de tender puentes.

Vivís en un momento extraordinario. La inteligencia artificial amplía nuestras capacidades, pero no sustituye la formación ni el criterio. Ser competente es buscar la verdad, pensar, discernir y asumir responsabilidades. Transformar el mundo empieza por transformar la propia vida. Cada gesto de honestidad cuenta. La verdadera grandeza de una Universidad se mide por sus egresados: por lo que haréis, por la justicia que construiréis, por la compasión con la que miréis a los demás.

En vosotros nos verán a nosotros.

A quienes os dedicaréis al Derecho, recordad que la justicia exige inteligencia, pero también conciencia y coraje. El mundo necesita juristas íntegros. A quienes os dedicaréis a la empresa o las finanzas, recordad que la empresa es una comunidad de personas. Necesitamos líderes que unan inteligencia y conciencia, ambición y servicio.

Para finalizar, quiero invitaros a volver a esta vuestra casa. Volved a los valores, a las amistades, a lo aprendido. Porque tener un lugar donde eres conocido por tu nombre es uno de los grandes dones de la vida.

Pero hay un tiempo para cada cosa. Y vuestro tiempo no es ahora el de volver: vuestro tiempo es salir, porque el mundo os necesita. Que cada paso que deis sea una respuesta viva a todo el bien que habéis recibido.

Muchas gracias y enhorabuena.

Día 6 junio de 2026 | Universidad Pontificia Comillas